

Jorge Millas

Carta a José Ortega y Gasset

(Humanización del hombre. Pregunta sobre América. Cultura mundial)



HACE tiempo que alienta en mí la idea de una singular aventura: escribirle unas páginas como las que hoy, no sé por qué designio, me veo en la necesidad de dirigirle.

He pensado mucho antes de hacerlo, en los vientos adversos que soplarán la marejada al desplegar sus velas el barco de este extraño antojo. Por ejemplo, creo que no sería sorprendente que alguien, cuidando de su salud quebrantada, evitara a usted el gesto de derroche espléndido que significaría atender unos instantes a este capricho epistolar. Tampoco me asombraría si usted, pensando en España, en «los años de dolor y de caustero» de su España, suspirara amargamente por la falta de escrúpulos del joven insensato que una tarde, paseando misantrópico y desconocido por una plaza pública de una pequeña población sudamericana, vino a parar en la ocurrencia de turbar la conmovedora beatitud espiritual de su destierro. Y sé también que usted ha de preguntarse, entre otras cosas, cómo hay todavía gentes que, conociéndolo, puedan creerlo en ociosa vacancia de buena voluntad hacia todo el mundo, trátese o no de candorosos estudiantes de filosofía.

Mas, cuando uno eleva anclas, ¿a qué pensar en el buen o mal humor de los dioses? El sino propicio viene a los hombres

precisamente cuando éstos no lo invocan. Y nada hay que marche más prontamente la floración de la vida, que un clima de desesperanza.

No ha mucho, releía de usted—por segunda o tercera vez, ¿puedo acordarme acaso?—las páginas admirables de su ensayo del Espectador, BIOLOGÍA Y PEDAGOGÍA. Y un súbito estío interior hizo madurar en mí el sesgo aquél entre vida ascendente y decadente. Quiero excluirme, con voluntaria decisión, de «aquéllos que sienten su vivir como inferior a sí mismo, como faltos de propia saturación». Por el contrario, bregando estoy por un destino de «lujosa generosidad, de rebasamiento de la interna abundancia, sintiéndome saturado de mí mismo, sin percibir mi propia limitación». Así, con la misma claridad que usted ha puesto en pensarlo y el fervor con que lo ha dicho.

Asuma, pues, la responsabilidad de la ocurrencia que hoy me lleva a ofrecerle un poco de mi aroma íntimo, con la misma unción que pone el santo en quemar incienso en el altar del holocausto.

Yo le escribo esto según su fórmula de taparse los oídos al estruendo callejero, a fin de percibir el leve rumor de la marea que adentro nos conmueve.

Necesito descender hasta la ciudad profunda de mi espíritu, donde tantos asuntos me están aguardando. Se trata del «negocio de mi salvación», más difícil que el de los cautelosos jesuitas, porque es el de la justificación del alma ante sí misma, la salvación mía y ante mí. ¿Y cómo lograr este viaje de silencio? Al partir, me encuentro en una sorpresa inesperada, primera nota para un diario de intimidades: cuando el hombre quiere buscar al sí propio, cuando ha de hacer el descenso solitario hasta la subtierra brumosa de su ser, hállase ante la circunstancia paradójal de tener que hacerlo a través de otros hombres. La vuelta hacia sí la encuentra virando hacia los demás.

Esto me ha sorprendido profundamente. Cuando uno más seguro se creía de ser el caballero solitario de sus provincias y

de gozarse escuchando el canto circular de sus molinos interiores, sin más testigo que el propio oído que lo escucha, se da cuenta que el camino de la casa propia lo halla sólo si el vecino ha querido contestarle donde está la suya. La soledad metafísica del hombre, su inmersión como *ser* en el *ser*, que había sido hasta ahora el melancólico tema de mi juventud, se me aparece hoy, cuando en estos pensamientos he parado, de muy distinta manera cómo la he visto en mi poesía y en las privadas reflexiones escritas que algunos amigos me guardan por ahí. Resulta así, que la intimidad del hombre se extiende desde sí a los demás y que la soledad humana no es la del individuo, sino la del hombre como conciencia universal.

Esto lleva a muchas consecuencias. Desde luego, a través de una estricta experiencia personal, en el vértice mismo de una vivencia luminosa, podemos hallar la refutación intuitiva del concepto hoy tan de actualidad acerca del hombre: a saber, que éste ha de afirmar una singular y privada voluntad de dominio frente a los demás, y que esta afirmación implica la negación de todo lo que a ella se oponga. Ejemplo elocuente de este concepto lo da la descabellada tesis política del fascismo. Lo ha dado también en la ciencia la teoría darwiniana y lo sigue dando aún el hombre-masa (1), que no pierda ocasión de decir cínicamente a todo el mundo: «la vida, amigo, es lucha feroz», sin darse cuenta que en la vida no hay más ferocidad que la que él pone en decir tal desatino (2). No creo que sea ahora, en años de filosofía irracionalista, o como usted convenga en lla-

(1) Tomo esta palabra, ahora y en lo sucesivo, en el sentido estrictamente conceptual que usted le da en la «Rebelión de las masas»; para mí, hombre-masa es, especialmente, el insolente burgués capitalista.

(2) Sé perfectamente que no es éste el concepto que de la vida rige en la filosofía contemporánea. Desde luego, su propio sistema impide ni siquiera desearlo. Sin embargo, por razones que haré explícitas a usted más adelante, aquí en América hay que referirse a cada rato a los pensamientos que reglan la vida multitudinaria: hasta tal extremo es ella aquí importante.

marla, tiempo señalado para negar el significado de la voluntad de dominio en la vida del hombre. Pero es preciso aclarar primero en qué sentido especial tal función se cumple. Y como a otras cosas voy más a preguntarle que a decirle y no puedo, por lo tanto, quedarme pensando en esto, creo que es suficiente, para mi propia orientación, decir al respecto sólo lo que sigue.

Vivir es, efectivamente, concretar la forma de la vida, si la vida es la «tarea» o el «quehacer» que usted tantas veces ha definido. Lograr una forma, es decir, una precisión espacio-temporal de ese contenido primario de la vitalidad, es hacerse la vida.

Esta formulación de la vida es, sin duda, un proceso de individuación, o más claro aun, de suspensión de la cantidad elemental que cada hombre representa, sobre el área de todas las cosas. Pero, y hasta aquí llego, esto implica un proceso bélico, ni un espectáculo de caverna. Por el contrario, para afirmarse cada individuo ha de hallar su propia clave en la cultura, su puesto en la humanidad que le precede, milenaria. La individualización del hombre, como es proceso cultural, es también un hecho de comensalidad histórica. Y creo que a nadie se le ocurriría gozar de una sobremesa, dando de puntapiés a su vecino.

Pero, en fin, retornando a lo inicial yo le decía que fué para mí una sorpresa hacerse clara la idea, que quizá todos alcanzamos inconscientemente, de que el proceso superador del individuo por su creciente interiorización, sólo es posible a través de su paulatina socialización o humanización (1).

Las vías simpáticas del MI hacia lo OTRO, como en dinámica de circuito conducen a un más hondo subsuelo del yo profundo. Y si no, recordemos la corriente de vital renacimiento y el pla-

(1) No es éste el sentido político peyorativo de la palabra socializar, que, aunque para mí es muy respetable en sí y muy profundo, vale más que no lo use, obligado como estaría a limpiarlo a cada instante de malezas.

cer de función ascendente que experimentamos, cuando otras almas concurren en una tonal de afinidad con nuestra vida creadora de todos los instantes. Y también el sentido de la co-emotividad, de la participación en la vivencia recóndita de un alma ajena, en los instantes de la identificación amorosa con la amada, el amigo o el maestro. Es como si sólo en esas ocasiones nos halláramos a nosotros mismos, como si siempre, en la inconsciencia que es para nosotros el ser del otro, hubiese estado invernando el yo perdido de nuestra propia psique.

¿Comprende usted ahora, usted en quien hay la más fina sensibilidad para todo lo humano, con qué profunda necesidad le escribo estas páginas? Hago de usted el sendero hacia el país de mi ser esencial.

Para mí usted es un europeo, menos por ser del continente y estar en él, que por hallarse Europa en el contenido suyo, en lo que usted piensa, hace o evita. El juicio en que hago esta afirmación lo tomo como un excelente ejemplo de juicio analítico, según la enseñanza kantiana, de tal modo me parece Europa su substancia.

A usted, pues, mejor que a nadie, se le pueden decir ciertas cosas sobre América, que, se me antoja, resumen un gran asunto mundial.

Este recado que ahora recibe, no lo olvide, es el de «un joven que estudia filosofía», como usted alguna vez llamara a un argentino que, según creo, le hacía también algunas preguntas. Este joven estudioso está ya aburrido, más que aburrido, desesperanzado de las cosas que sobre América dicen los americanos, y también de la que dicen gran parte de los europeos.

Comienzo, sí, advirtiéndole, que estas cosas no pueden confesarse en América misma, porque los americanos padecen un exceso grave de optimismo. En este nuevo mundo—¿es realmente nuevo?—nadie quiere hacer preguntas. Con cierto estilo de brioso potro joven, vive aquí la gente diciendo sí a las cosas, a todas las cosas. Y este sí emocionado es más patente y

radical en lo que atañe al sentido mismo del continente como cultura.

Yo no puedo creer que esto sea una virtud. La vida, como BIOS y LOGOS, lleva siempre involucrada la negación firme a ciertas cosas, cada vez que se entrega con asentimiento a otras. Creo que esto, en sentido metafísico, es precisamente aquello del proceso dialéctico de la IDEA hegeliana.

La vida es por esencia creadora de valores, y éstos van quedando en el camino como la huella de plateados arabescos en la ruta de la oruga. Mas siendo todo valor positivo sólo una fase del sistema total que con el afirmativo se completa (bueno-malo; valioso-no valioso), toda afirmación articula necesariamente en la negación respectiva.

Ahora bien. Cuando el individuo adhiere a un valor, repugnando todo trato con el no valor adyacente, a más de limitar su horizonte, arriesga mucho la certeza de su juicio de valoración; por el incompleto conocimiento del sistema que valor y no-valor integran en relación indivisible. En todo proceso de valoraciones debe haber dos fases simultáneas que marchen a parejas: la fase afirmativa y la negativa que le sigue, la adhesión y el repudio, el sí y el no. A este pensamiento lo aclara mucha la siguiente paradoja: la afirmación de un valor ha de consistir, no sólo en el sí clarividente de la afirmación, sino además en el de la negación respectiva. Ha de haber tanto de positivo en el sí como en el no.

Bueno. Aquí en América, como hace un rato le decía, hay un valor mutilado: América misma, que anda por ahí en libros y asambleas como una mano sin falanges. Todos se han olvidado de la porción negativa de esta arquitectura positiva del continente. Si no ahora, habrá que reconstruirla algún día.

Por eso, ir hasta el retiro de un europeo a hablar de estas cosas, por muy excelso que el europeo sea, sabe aquí, no sólo a discrepancia conceptual, sino también a traición. Hay

un sí jubiloso para América y una subsecuente negación, no menos jubilosa, para Europa.

Yo no haría otra cosa que regocijarme por tan espléndida salud del continente, si viera en ella al niño en ascenso biológico que sale a correr sin desenfado por las praderas, cazando mariposas. Pero pienso que, muy lejos de eso, hay en su actitud una soberbia anormal, y que su contentamiento es como el de los enfermos que en los últimos instantes cuentan gozosos los postreros latidos de la vida que se extingue.

¿Qué sentido tiene la afirmación de América como cultura, que de eso se trata aquí precisamente? El fundamental es este: pensar en la posibilidad de una cultura estrictamente americana, como fuente creadora de nuevos valores y de estilos inéditos. Lo absurdo no estriba tanto en desear semejante cosa, como en creerla posible, aunque ya el simple desearla implica muchas anomalías, que a su visión de seguro no escapan.

Pero la mayoría de los que juzgan este problema han dado en bregar por un americanismo cultural observando que, especialmente en el arte, tiene América riquísimas fuentes ocultas de originalidad y de temas: tiene su indio, su paisaje, su tipo humano, en fin, su política y su revolución.

Mas no me parece que el alcance decisivo de la vida y de sus formas estribe en temas, en objetos a que prenderse. Muy anterior a eso es sin duda el estilo, el ritmo, la acción, misma del vivir, conforme a una lógica determinada. La singularización de la vida no la hacen sus objetos, sino la calidad intrínseca de su impulso creador. Las cosas en que después de todo resulta ocupado el espíritu del hombre, son el resultado de la previa y peculiar sensibilidad que ha habido para elegir las. El que alguien tenga especial trato con algo, significa que en él ha habido cierta predisposición selectiva, cierto estilo, cierta técnica. ¿No es la técnica acaso un cuerpo organizado de formas operatorias? Hay de las técnicas un sistema jerár-

quico que va desde el «acto» elemental de alcance práctico, hasta el «acto» superior del artista o del filósofo, que en la actualidad pura del «acto en sí» halla su razón de ser.

Una vez lograda la expresión de un alma a través de una técnica así jerárquicamente entendida, el objeto de su actuación, es decir, su tema, importa poco. El arte, por ejemplo, jamás se ha definido por sus temas. Y los temas no bastan tampoco para distanciar las ocupaciones del hombre. La quieta piel de sueño y la pluma de silencio que envuelve a lagos y volcanes de nuestros paisajes del sur, han servido indistintamente de clima propicio a la salud de almas poéticas, al optimismo industrial de los colonos alemanes de Valdivia y al celo funcionario de los directores de las oficinas de turismo del Estado.

El tema es sólo el ser singular y contingente en que la necesidad ideal y absoluta de la técnica halla su expresión cabal. En el arte es esta afirmación de inmediata claridad.

¿Podría, pues, pensarse en una «América, fuente de nuevos valores», si los valores que van a realizarse en su cultura son los mismos que han nutrido la historia de la vieja Europa?

Hay en nuestro continente un conjunto de temas singularísimos para el artista, el político, el economista, el historiador. Hay una novela americana (Sarmiento, Blest Gana, Hernández, Güiraldes, Reyes), y un arte lleno de salud y novedad (Orozco, Rivera, Juan Fco. González, Revueltas). Los muros del palacio de la Secretaría de Educación de México están cubiertos de una colección grandiosa de frescos admirables de espíritu y estilo. Mas ¿qué es todo eso? Temática pura. ¿Le parece a usted que sea ella nuestra auténtica e importante definición? Es la pregunta que le hago, ya que mi propia respuesta, si es que mis veinte años me permiten darme alguna, sometida como está a la presión de optimismo en que aquí vivo, apenas si alcanza a nacer.

Recuerdo ahora la concepción que de una cultura ecuménica nos da el gran Keyserling en numerosos de sus escritos, especialmente en «El mundo que nace». El pensamiento, tan claro en él, de que en el proceso histórico de nuestro tiempo hay un «desplazamiento definitivo del acento, que da sentido a la estructura del alma», y que «este acento ha pasado de lo intransferible a lo transferible», me viene ahora muy oportunamente para dar una base de racionalidad al pensamiento que no pasa de ser una impresión mía en mí, sin importancia para nadie.

No creo que pueda ni que deba sustraerse América a un destino de contribución al espíritu ecuménico de nuestro tiempo, y ello porque hay una creciente universalización de valores. Una cultura hermética puede bastarse a sí misma sólo cuando, como las ciudades en sitio, halla en su actividad interior la fuente de su nutrición y crecimiento. América no puede ser una fuente de valores nuevos, porque los existentes, específicamente europeos, alimentaron su pasada infancia, nutren su adolescencia de ahora y alimentarán de seguro su ancianidad remota. Para entonces, y en bien de la soberbia americana, serán valores de una cultura universal, ya no europea, los que habrán de regir la historia, y a su conquista no habrá dejado de contribuir América, no como refutadora de la madre Europa, sino como colaboradora filial e inteligente.

América como venero de energías remozadas, como fuente de impulsos, como retoño emergente de vitalidad; he ahí el aporte nuestro. Vitalidad, pero no logos. Estos quinientos años que hay de historia americana, son la historia de nuestra incorporación a una vida mundial, como el oriente ha tenido la suya, aunque más tarda y más arisca, tal vez si por su anterioridad al proceso de universalización de la cultura, que empieza eficaz y definitivamente sólo en los siglos **VVIII** y **XIX**, con la «ilustración» y la «revolución industrial».

Y no era posible que las cosas nos ocurrieran de modo di-

ferente. La cultura europea, ya en sus formas antiguas (egeos, griegos, romanos) o en las posteriores (gótico, romántico, contemporáneo), tuvo siempre en cada uno de sus estadios la clave de su creciente universalización. Fué tal clave, el proceso creador de una cultura como *ser ideal*, que poco a poco fué poniéndose al lado del objeto natural. La historia de Europa es la historia de la culturalización del hombre. Al europeo no satisfizo la arquitectura del mundo como naturaleza, y se puso a rehacer las cosas, rodeándolas de andamios. No otra cosa que andamiaje del universo son las ciencias, el arte, todas las formas de la acción del hombre. Esta idea, que usted viene aclarando hace tanto tiempo, me parece irrefutable, aunque sea por ahora. Resultó así una dúplica gigantesca del medio humano.

Y así hemos llegado a un estadio en que se realiza un valor que para la historia pertenece a la categoría de los valores absolutos: *la vida como técnica*. Se ha logrado un instrumento que ha hecho del vivir una potencia exacerbada, henchida de impulsos crecientes. Es decir, en virtud de la cultura, la vida es muchas veces más vida y más vivida, más rica en formas y afanes. Comparemos la forma que la vida asumía para el hombre primitivo y la que asume para nosotros. El carácter vegetativo, lento, de cálido y dulce sueño que para aquél tuvo la existencia, hase transformado en la zozobra, la tensión, el afán, la responsabilidad que es para nosotros. La vida que griegos y wikingos se pusieron a hacer en el casquete de Europa ha llegado ahora a realizar las posibilidades máximas del hombre. Entre los Urales y el Atlántico, el Mediterráneo y el Mar del Norte, se produjo un elevado potencial que se descargó hacia los polos de potencial más bajo. La tensión así creada entre Europa por un lado, América y Oriente por el otro, es la génesis de un estado eléctrico mundial que se puede llamar con Keyserling la «cultura ecuménica».

Se me ocurre que, al menos por ahora, se está logrando, quizá si por primera vez en la historia, «una expresión del hom-

bre», en el sentido universal y absolutista que luce el giro. Todo el orbe colabora hoy en día en espectáculo de imponente sincronismo a la consecución de ciertos valores universalmente aceptados. La humanidad está elaborando un mensaje cuyas páginas se abren de la China a América, pasando por Europa. ¿Tiene este mensaje un idéntico sentido en todas partes? ¿Hay un mismo afán en lo que dice el español cuando grita «¡quiero!», y lo que significa el inglés con su «¡I will!»?

Aquí remata la pregunta gravísima que yo le hago, creyéndolo a usted el idóneo resolutor. No sé si le alcance el dramatismo que tiene para mí y otros muchos americanos su sentido. Pero piense un momento en que de su respuesta depende nada menos que la adhesión o la repulsa al destino de un continente.

Mi transitoria creencia es que el «modus operandi», es decir, la técnica—toda técnica: la filosófica, artística, política, doméstica, jurídica, y no sólo la industrial— ha alcanzado ciertos valores que han terminado por imponerse a todos, transformándose en un modo general de expresión. Donde hallo con más claridad el fundamento de mi aserción, es en la política y las artes industriales con la economía.

En efecto, ha habido en el último siglo una como etapa escolar del mundo, en que un maestro exigente, Europa, enseñaba a sus alumnos del resto del orbe las primeras letras de una cartilla entretenida y tentadora: la técnica novecentista de la diplomacia y de la industria. Los discípulos fueron muy aventajados, tanto como lo exigían las duras «lecciones» del profesor (recuerdo aquí las guerras de los boers y la demostración bélica ante los dormidos puertos japoneses en el 1850). Y hoy en día se traban en el mismo plano de autoridad con el maestro de hace un siglo, desconociendo el «magister dixit» de entonces.

Por eso es que hay en este momento una «política mundial» como la que se gesta, a la manera de los hilos de una araña, entre Tokio y Roma, Londres y Washington, en torno al calvario español; hay un «absurdo diplomático mundial»,

como es la Sociedad de las Naciones; hay un «problema mundial de la industria», como es la fabricación sintética del caucho o del salitre o la explotación del petróleo; y hay también, y con dolor, un problema mundial de la dignidad del hombre, de la decencia del hombre, como usted diría, en los momentos en que mundialmente se ve ofendida por la degradación fascista. Y lo que tiene certeza teatral y evidente en los planos exteriores de la política y la economía, la tiene más sutil y silenciosa en otras creaciones, como el pensamiento científico, filosófico o artístico. Nadie podrá negar que la ciencia y la filosofía ofrecen hoy problemas igualmente válidos en ambas antípodas, y que la exposición de un pensamiento luminoso y meridiano tienta a la vez a los editores de Berlín y Santiago, de Madrid y Pekín.

Hay, pues, una *universalización de valores*, una cultura ecuménica. ¿Para bien? ¿Para mal? ¡Qué largo sería discutirlo! ¿Para siempre? No es de creerlo. Puede tratarse de un síntoma propio de nuestra singular fisiología histórica, que de seguro será reemplazada. Pero el *ecumenismo* es un imperativo de hoy, de la actual porción de la vida histórica, temo que contra él, que es un hecho, nada valgan todos los desorbitados nacionalismos, que son sólo un afán, y un lamentable afán.

En la coyuntura de esta perspectiva y de estos pensamientos de adolescente de buena voluntad estoy, esperando mayor claridad y certidumbre. Y a usted se las pido, devotamente esperanzado.

No se me escapa que esta larga divagación ha de haberle parecido a usted animada de presunción y pose. Hay en ella un como tono de quien dicta lecciones al auditor paciente que carece de quehaceres más trascendentales. Pero no, que no quiero andar yo por tales caminos de vanidad. Se trata sólo de un afán de búsqueda que he acometido a través de mi interioridad. He caminado hasta aquí con traje de explorador, y no me es, pues, extraño un aire de hombre enhiesto y avisado.

Al cabo de estas páginas, puede usted ver que me he recogido como un ovillo enterado con hilachas. Estas son líneas de puntas atadas. Mas, había que anudarlas así, cabo a cabo, porque cabía parar en el riesgo de perderlas.

Al plano en que se dan las coordenadas superiores que a usted lo determinan, a esas altitudes de pleno mediodía, va hoy este poco de sustancia viva, que intencionalmente he presentado en «status nascens».

Mi posición, usted lo ve, es algo desventurada. Mas me consuela la dulce bienaventuranza bíblica reservada a los hombres de buena voluntad.

(Del libro en preparación, «Cuatro temas de América»).